

dulzura, y los instruye con caridad. Si vió en su corazon alguna raiz viciosa, vió tambien que le amaban y que le estaban unidos. Les da ocasion de renovar los sentimientos de afecto y de obsequio que tienen para con él, fortifica su espíritu, borra poco á poco las reliquias de su ambicion, y les vuelve á llamar al pensamiento su passion, su sufrimiento y su muerte por ellos. La indignacion de los otros diez Apóstoles no tenia un principio mas noble que la petition de los dos hermanos, participaba tambien de ambicion y de celos; pero mirando Jesús al sincero amor que le tenían, todo lo disimula, todo lo excusa, y se aplica solamente á instruirlos y á sanar con su dulzura la llaga de su corazon. Lo escucharon todos con docilidad, fue restablecida la paz, y nada perdieron los dos discípulos de su antiguo favor... ¡Ah! ¡qué bueno es el Señor á quien nosotros servimos! Amémoslo tiernamente, unámonos sinceramente á él: él sabe compadecerse de nuestras miserias y soportar nuestros defectos, no perdamos el ánimo por nuestras faltas y por las imperfecciones en que incurrimos, sino seamos dóciles á su voz cuando nos la da á conocer, y nos enseña á corregirnos de ellas.

Petición y coloquio.

Señor, Vos me descubriste aquí la llaga de mi corazon y me dais el remedio de ella: con vuestro socorro quiero en este punto emplearlo: hacedlo Vos eficaz. Dadme el espíritu de humildad, de caridad y de dulzura de que Vos me presentais en Vos el modelo. Cúmplase en mí vuestra sola voluntad, porque vuestra divina sabiduría conoce mis necesidades; y cuando forme deseos particulares, ¡ah Dios mio! oidlos solo en cuanto serán para vuestra gloria y para mi santificacion... Amen.

MEDITACION CCXXIV.

JESÚS AL ENTRAR EN LA CIUDAD DE JERICÓ SANA UN CIEGO.

(Luc. xviii, 35-43).

VARIAS RELACIONES Y SEMEJANZAS QUE TIENEN ENTRE SÍ LA CEGUEDAD CORPORAL Y LA CEGUEDAD ESPIRITUAL.

1.º Semejanza en la naturaleza de este mal; 2.º semejanza en los medios de sanar de este mal; 3.º semejanza en la sanidad de este mal.

PUNTO I.

Semejanza en la naturaleza de este mal.

La ceguedad corporal, igualmente que la espiritual, es un mal que por sí mismo no ocasiona dolor alguno; pero por otra parte produce efectos bien amargos.

1.º *La ignorancia de lo que nos rodea...* Y sucedió que acercándose á Jericó estaba un ciego sentado cerca del camino pidiendo limosna... Continuando Jesucristo su camino hácia Jerusalem, ó antes bien hácia Betania, para ir de allí á Jerusalem, fue seguido de una multitud de pueblo, que crecia á proporcion que él iba adelante... Hallándose próximo á la ciudad de Jericó, por donde queria pasar, encontró en el camino un ciego... Estado verdaderamente miserable el de un hombre privado de la luz del dia, para el que están escondidos todos los objetos de la naturaleza, y que ni aun conoce siquiera á aquellos que le están al rededor, y lo tocan. Pero ¡cuánto mas deplorable es todavía el estado de aquel que ha perdido la luz de Dios y ha caído en la ceguedad del corazon; para quien las verdades mas importantes de la salud, el fin del hombre, una muerte próxima, un juicio riguroso, un suplicio sin fin, una gloria eterna, son verdades escondidas de que no tiene inteligencia alguna, y que ya no hacen sobre él alguna impresion; para quien los misterios mas tiernos y de mayor consuelo de un Dios Salvador muerto por rescatarlo, y darle una vida eterna, son misterios ocultos que apenas cree, y que no excitan en su corazon sentimiento alguno de confianza, de esperanza, de amor; que oye hablar de estos misterios, que asiste á las ceremonias de la Religion que los representan, sin ver cosa alguna, sin tener de ellos alguna inteligencia, y sin sentirse conmovido de ellos!

2.º *La impotencia de obrar...* «Este ciego estaba cerca del cami-

«no...» ¡Ah! ¿qué otra cosa puede hacer un ciego que ó estarse parado ó sentado?... Él es incapaz de algun trabajo útil, y si quiere hacer algo, da compasion á todos los que lo ven... ¿Qué puede hacer de bueno y de útil aquel que estando en la ceguiedad espiritual ya no se guía por la luz de la fe, no ve el término que debe proponerse, ni el fin por que debe obrar?... Con todo eso obra, forma vastos proyectos, está en un gran movimiento, aplaude sus trabajos y su buen suceso. ¡Ah! insensato, ¡y qué ciego eres! ¡Si tuvieras los ojos abiertos, y vieras lo que haces, tendrías vergüenza de tí mismo! Tú trabajas continuamente por una reputacion que no es otra cosa que humo, por una fortuna que la muerte va á quitarte, por una vida que es de un solo instante, por un cuerpo que va á corromperse en la tierra. Y por Dios, que es tu primer principio y tu último fin, por aquella alma que no ha de morir, por aquella eternidad en que has de entrar, ¿qué es lo que haces? Pero no solo es inútil todo lo que ejecutas, sino que te haces tambien con ello detestable, acumulando pecados sobre pecados, sin ver el golfo eterno en que te precipitas. ¡Ah! ¿se podrá pensar en la conducta insensata de los mundanos, sin llorar amargamente sobre una ceguiedad tan deplorable y tan funesta?

3.º *La pobreza...* «Se estaba cerca del camino pidiendo limosna...» Á la impotencia de trabajar se sigue de ordinario la pobreza, y reduce el hombre á la necesidad de mendigar... En esta situacion se hallaba el ciego de Jericó... Esta es aquella en que se hallan todos aquellos que viven en la ceguiedad espiritual. No obrando cosa alguna por Dios y por su salvacion, se hallan reducidos á la pobreza mas deplorable, sin virtud, sin méritos, sin buenas obras para la otra vida. Gloriaos, pues, ciegos mundanos, de los bienes que habeis juntado, de los tesoros que habeis acumulado, de la abundancia y del lujo en que vivís. Pero ¡oh! cuán dignos sois de compasion, porque no veis la nada de estos falsos bienes que vosotros acumulais, y porque no veis que vosotros mismos estais desnudos de los bienes sólidos y verdaderos, y por esto en la miseria y en la necesidad. ¡Ah! si tuviérais ojos para veros en este estado, seríais insoportables á vosotros mismos. Pero estos ojos del espíritu se abrirán cuando se cerrarán los del cuerpo, y entonces, pero ya muy tarde, veréis todo el horror de vuestra miseria, á la que se seguirá una eterna desesperacion... Prevenid, pues, una tal desgracia, y aprended hoy el medio de salir de vuestra ceguiedad; mientras que aun hay tiempo, mientras que podeis reparar la pérdida del tiempo pa-

sado, trabajad por vuestra salvacion, y enriqueceos de los bienes celestiales.

PUNTO II.

Semejanza en los medios de sanar de este mal.

Para sanar de la ceguiedad espiritual es necesario imitar lo que hace aquí nuestro ciego para sanar de su ceguiedad corporal.

Lo 1.º *Conviene tener atencion á las ocasiones de sanar...* «Y oyendo la turba que pasaba, preguntaba qué cosa fuese aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús Nazareno...» Era Jesús conocido en todo el país, y los pobres, los afligidos sabian cuál era su compasion para con ellos; ninguno dudaba de su poder, y este ciego sabia de cierto que Jesús habia sanado muchos ciegos, y tambien uno de nacimiento. Prevenido de este conocimiento, ¡oh y qué alegría experimentó al oír que era Jesús Nazareno el que pasaba! ¡Oh y de qué confianza quedó penetrado su corazon al nombre de Jesús!... ¡Ah! ciegos mundanos, vosotros no ignorais ciertamente el poder de este mismo Jesús sobre las almas: sabeis que ha iluminado pecadores aun mas ciegos que vosotros. Buscad, pues, una ocasion favorable de recuperar la luz de la gracia, y de llegar á una sincera conversion. ¿No oís el estrépito de la multitud que camina aprisa? ¿No la veis tambien andar y juntarse en nuestras iglesias? ¿No preguntaréis á lo menos qué cosa sea esto? ¡Ah! esta es para vosotros como para otros muchos una ocasion de salud: es una mision, es un retiro que se prepara, es un jubileo que se anuncia, es el santo tiempo de Adviento, ó de la Cuaresma que empieza, en una palabra, es Jesús que pasa, es el Médico soberano de las almas, vuestro omnipotente Salvador que se ofrece á vosotros. ¿Podeis quedaros indiferentes á esta nueva? ¿Dejaréis pasar una ocasion tan bella para obtener vuestra sanidad?

Lo 2.º *Conviene aprovecharse de la ocasion que se presenta...* Luego que el ciego entendió que Jesús pasaba, conoció que era para él una ocasion que era necesario no dejarla pasar... Lleno de confianza... «exclamó diciendo: Jesús, hijo de David, ten piedad de mí...» Y como no sabia el momento en que precisamente pasaria Jesús delante de él, no cesó de gritar, de repetir su humilde súplica, y de implorar la misericordia de aquel de quien esperaba su salud. Hé aquí cuál debe ser nuestro modelo. Guardémonos de diferir, porque Jesús está solo de paso, y nosotros mismos pasamos. No interrumpamos nuestros ejercicios, porque ignoramos el momento de la gra-

cia que debe mover nuestro corazon y asegurar nuestra conversion. Evitemos la flojedad y la tibieza en nuestra oracion, y la frialdad en nuestros deseos, que son el grito del corazon; porque nuestros males son grandes, porque su multitud nos aleja de Jesús, y Jesús oye solo los deseos ardientes y los gritos continuados.

Lo 3.º *Es necesario perseverar en pedir, no obstante todos los obstáculos...* «Y los que iban delante le reñian para que callase; pero él «mucho mas clamaba: Hijo de David, ten piedad de mí...» Aquellos que caminaban á la frente de la tropa, cansados de los gritos penetrantes de este ciego, é imaginándose que Jesús seria importunado de ellos, quisieron hacerle callar. No tenian ellos la necesidad ni la confianza de un desgraciado que hace instancia y pide un milagro; por esto el ciego se hizo sordo á todas sus instancias, y gritó siempre con mas fuerza... Luego que comenzarás, ó pecador, á emprender el camino de la salud, á trabajar por tu conversion, á orar, á frecuentar las iglesias, y á vivir mas recogido y modesto, debes esperar que la multitud de los mundanos hará todo cuanto pueda para oponerse é impedirte. Los primeros que advertirán la mudanza serán tambien los primeros á querer apartarte de tus designios, con motes, con burlas, y acaso tambien con mandatos y amenazas. Á la multitud de los pecadores se unirá tambien la de los pecados y de las pasiones, que alzarán la voz y se empeñarán en hacerte callar. Pero ¿serás tú tan insensato, que cederás por obedecer á unas órdenes tan opuestas á tus utilidades? ¡Ah! piensa el mal que te solicita; y la ocasion que se presenta para huir de él; y la felicidad de que gozarás cuando ya te veas libre. Léjos de aflojar el ardor de tu súplica, redobla tu fervor, tus deseos y tu esperanza; bien presto mediante tu perseverancia obtendrás la gracia de tu sanidad, y obligarás á aquéllos que se te oponian á bendecir á Dios, á alabar tu valor y constancia, y tambien acaso á desear imitar tu resolucion y mudanza.

PUNTO III.

Semejanza en la sanidad de este mal.

La manera con que Jesús sana aquí la ceguedad corporal es la figura de lo que hace para sanarnos de la ceguedad espiritual.

1.º *Jesús llama...* «Y Jesús parándose, mandó que se lo llevasen «delante...» Habiendo el divino Salvador llegado donde estaba el ciego, cuyo fervor y constancia á nada habia podido ceder, se paró,

y se lo hizo conducir delante. ¿Cuáles fueron en este momento los sentimientos de este miserable suplicante? ¿De qué respeto no fue penetrado? ¿De qué fe, de qué confianza no se sintió animado? ¿De qué alegría no se llenó su alma, y qué dulce esperanza no se difundió en su corazon? Tales, y mil veces mas dulces son los sentimientos de un alma convertida y purgada en las aguas de la penitencia, cuando le viene intimada la orden de acercarse á su Salvador, cuando en la sagrada mesa se lo halla presente y en el punto de recibirlo.

2.º *Jesús pregunta...* «Y cuando se le acercó, le preguntó diciendo: ¿Qué quieres que te haga?...» El ciego hizo una peticion digna de su fe y digna del mismo Jesús. «Y él dijo: Señor, que vea...» No es esto de cierto lo que los ciegos tienen costumbre de pedir á los pasajeros, ni tampoco era esto lo que el mismo ciego habia venido á pedir cuando tomó su puesto á la orilla del camino público... «*Que vea...*» Esta es una peticion que se puede hacer solamente á Dios, al Señor de la naturaleza. De esta manera el ciego honra á Jesús con su misma peticion, y le rinde el homenaje á su divinidad... Cuando tengamos la dicha de poseer á Jesús dentro de nosotros, guardémonos de deshonrarlo con peticiones viles, tímidas é indignas de un tan benéfico y poderoso Señor. Examinemos nuestras necesidades espirituales, y con su gracia, haciendo de nuestra parte lo que podamos, pidámosle sin dudar lo que no podemos, esperando tambien milagros.

3.º *Jesús concede...* «Y Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha hecho salvo, y luego al punto vió, y le seguia glorificando á Dios. Y todo «el pueblo, visto esto, dió alabanza á Dios...» ¿Qué le cuesta, pues, á Jesús hacer un milagro? Nada sin duda: lo obra con una sola palabra de su boca, con un solo acto de su voluntad; pero entre tanto nuestra fe es una condicion necesaria para que se nos conceda; su ardor obtiene el milagro, su debilidad lo impide. ¡Ah! persuadámonos bien esta verdad. Si, nuestra es la culpa, si no estamos mas iluminados en los caminos de la perfeccion. Si pidiésemos con fe, obtendríamos todas las cosas. Si nos viene negada alguna, es por una de estas razones: ó porque no pedimos con fe, ó porque lo que pedimos se opone á nuestra santificacion; de otra manera lo podemos conseguir todo. ¿Cómo, pues, es posible que nos quedemos rodeados de tan espesas tinieblas? ¿Cómo es posible que seamos siempre tan pobres y tan desnudos de los bienes espirituales que el Salvador deja de este modo á nuestra disposicion? ¡Ah! sal-

gamos de nuestra ceguedad, pidamos la fe misma que nos falta, y con esta fe respondamos á Jesús, que nos pregunta qué cosa queremos de él: «Señor, que yo vea...»

Peticion y coloquio.

Sí, ó Señor, os lo pido con igual ardor que confianza, *que yo vea*. Haced que vea mi nada, mi miseria y vuestra misericordia, mi impotencia y vuestro poder, mis pecados y vuestra bondad, mis ingratitudes y vuestro amor. Haced que me conozca á mí, que os conozca á Vos, para aborrecerme continuamente y sumamente amaros. Amen.

MEDITACION CCXXV.

JESUCRISTO SE ALBERGA EN CASA DE ZAQUEO.

(Luc. xix, 4-10).

DE LA COMUNION.

1.º Del deseo que la debe preceder; 2.º del júbilo que la debe acompañar; 3.º del reconocimiento que la debe seguir...

PUNTO I.

Del deseo que debe preceder la Comunión.

1.º *Deseo sobrenatural...* «Y habiendo entrado Jesús pasaba por Jericó, cuando hé aquí un hombre por nombre Zaqueo, el cual era cabeza de los publicanos, y rico, y deseaba conocer de vista á Jesús, y no podía á causa de la multitud de la gente, porque era pequeño de estatura...» Despues del milagro estrepitoso de la sanidad del ciego entró Jesús en Jericó como en triunfo. La fama de este milagro se habia ya esparcido por toda la ciudad, y ya no cabia en las calles por donde el Salvador pasaba la multitud de la gente que concurría á verlo. El príncipe ó cabeza de los publicanos de este lugar ya habia mucho tiempo que suspiraba por ver á Jesús, al gran profeta de Israel. ¿De dónde, pues, provenia en un hombre de esta profesion un deseo tan vivo? ¡Ah! estaba ciertamente su corazon agitado de tantos y de tan varios movimientos que ni él mismo los podia distinguir. Este deseo que venia de lo alto no estaba sin un principio de fe, y seguramente estaba acompañado de estima, de respeto y de amor para con el Salvador... ¡Oh cuánto mas perfecto debe ser nuestro deseo! Zaqueo queria ver solamente la persona de aquel hombre poderoso en obras que era mirado co-

mo Hijo de David, el heredero de su trono y el Mesias prometido... Ahora nos seria inútil saber las facciones personales del Salvador cuando vivia sobre la tierra, y el saber cómo se halle en el cielo en la habitacion de su gloria. Esto es lo que jamás podremos idearnos; pero esperamos sí verlo un dia. Lo que debemos desear en esta vida es conocerlo como quiere ser conocido, y como se hace conocer á las almas puras; conocer sus divinas perfecciones, su amor para nosotros, y lo que debemos hacer para agradarle y unirnos á él... Justamente para crecer en este conocimiento, en este amor y en esta union debemos desear la sagrada Eucaristía. Pero deseársela para hacer pompa de nuestro fervor, ó para cumplir con el confesor, ó para no parecer singular cuando otros la reciben, son todos motivos viciosos de que se avergüenza la razon misma.

2.º *Deseo ardiente que no cede á las dificultades...* Se fué Zaqueo como los otros para ver pasar á Jesús; pero la multitud del pueblo era tan grande que no pudo acercarse; y por otra parte, siendo de pequeñísima estatura, previó muy bien que hallándose mezclado y confuso en la multitud serian inútiles sus esfuerzos; pero no se desanimó, buscó y halló el medio de satisfacer plenamente su deseo... La multitud del pueblo ya no nos impide el acercarnos á Jesús; su amor ha dispuesto con multiplicar su presencia el darse á cada uno de nosotros. Pero ¡ay de mí! despues de habernos prevenido él con tales señales de su amor y de su omnipotencia, tenemos aun corazon para excusarnos con la multitud de nuestras ocupaciones y de nuestros negocios como si no pudiésemos interrumpirlos por poco tiempo. ¡Osamos excusarnos por nuestra indignidad y bajeza, mientras que nada hacemos por elevarnos y hacernos merecedores! Pero si la multitud de las ocupaciones externas impide á muchos el acercarse á Jesús, ¡ah! ¡cuántos otros hay que se le acercan y lo reciben, y no lo ven ni lo gustan, impedidos de la multitud de sus pensamientos, de sus afectos y de sus distracciones! Ahora, para contemplar á Jesús como es necesario, y para gozar de su divina presencia, conviene aun elevarse sobre esta multitud; pero ¿cuál es el medio para llegar á esto? El medio es purgar el corazon de los afectos terrenos, porque de aquí nacen las distracciones.

3.º *Deseo animoso que no se amedrenta por algun respeto humano...* «Y corrió adelante, y subió sobre una planta de sicomoro¹

¹ Árbol crecido semejante á la higuera, muy poblado de ramas, todo lleno de leche, cuyas hojas se parecen á las del moral; comunmente se llama higuera loca.

«para verlo; porque por allí había de pasar...» Queriendo Zaqueo á cualquiera costa aprovecharse de la ocasion que se le presentaba de contemplar á Jesús; y hallándose confundido en la multitud que le seguía en todas partes, echó á correr algunos pasos delante de la turba, y habiendo visto un sicomoro á la orilla del camino, se dió prisa á subir en él... ¿Á qué no se exponía? Su profesion, la dignidad de su categoría y otras muchas razones, ¿no debian acaso impedirle el exponerse de este modo á los ojos del público? ¿No era exponerse evidentemente á las risadas del pueblo, á sus dichos y á sus burlas? Pero un deseo inspirado de Dios es del todo superior á los juicios de los hombres. Tenía Zaqueo el mas vivo ardor de ver al Salvador, y sin duda alguna esperanza sostenia su valor en el fondo de su corazon, sin que tuviese alguna otra idea distinta: habria sin duda deseado que el Salvador lo viese, y habria querido que conociese todas las disposiciones de su alma. ¡Ah! las conoce perfectamente, y bien presto le dió Jesús una prueba de ello y la recompensa... Cuanto mas ensalzados estemos por la fortuna ó por los empleos, tanto mas expuestos estamos á los respetos humanos, y tanto mas débiles somos para superarlos; pero cuando los vencemos con mayor valor, tenemos mayores méritos, recibimos mayores gracias, y somos colmados de mayores favores.

PUNTO II.

Del júbilo que debe acompañar la Comunión.

1.º *Júbilo que produce la admiracion...* Zaqueo sobre el árbol se aprovechaba de todos los momentos; contemplaba al Mesías enviado de Dios, que ya se acercaba á él, y debia pasar por debajo de sus ojos: estaba solícito para imprimir en sí, en aquel poco tiempo, sus facciones, su aire, su compostura y proporcion: no tenia otro dolor que ver que el objeto de sus deseos iba bien presto á desaparecer de su vista. Pero cuando Jesús llegó ya cerca del sicomoro se paró, levantó los ojos hácia aquel que se habia puesto allí para verlo y que lo estaba considerando con tanta actividad, y llamándolo por su nombre... «le dijo: Zaqueo, baja presto, porque es conveniente que me hospede hoy en tu casa...» ¡Oh Dios, cuál fue entonces la sorpresa, cuál la admiracion del publicano al verse conocido, al oirse llamar y ser escogido para hospedar en su casa al que solo creia no poder contemplar sino solo un instante! ¡Cuál fue el júbilo de su corazon! ¡cuáles fueron los sentimientos de su humil-

dad! ¿Qué? ¿el Rey de Israel alojarse en mi casa? ¿El Mesías, el Salvador del mundo, el que ahora poco con solo una palabra ha dado la vista á un ciego, él mismo anunciarme á mí este honor, y ordenarme que le prepare mi casa? ¿Lo he entendido yo bien? ¿Es verdad que yo soy ese mismo? «Es conveniente que yo me albergue este dia en tu casa...» ¿Y por qué, Señor, es conveniente? Vos sois el Señor de toda la naturaleza, y no teneis necesidad de alguno; pero si quereis hacer este favor y este honor á alguno, Vos teneis otros muchos menos indignos que yo. ¿Y por qué es conveniente que sea escogida mi casa, siendo yo como soy tan pecador, para hacer hoy en ella vuestra demora, sino para señalar vuestras misericordias, para santificar un pecador, y para colmar de vuestros beneficios al último de vuestros siervos?... Tales y aun mas humildes deben ser nuestros sentimientos al acercarnos á la sagrada mesa.

2.º *Júbilo que produce la diligencia...* «Presto, bájate (le dijo «Jesús»). Y él á toda prisa bajó, y le acogió alegremente...» La alegría inspira un cierto ardor que echa fuera toda lentitud y toda pereza. En el dia, pues, en que debemos tener la dicha de comulgar excite una santa alegría nuestra diligencia. Rompamos prontamente los lazos del sueño, démonos prisa á ponernos en oracion, vamos á la iglesia. Esta actividad nos la manda Jesucristo mismo, siendo ella el fruto al mismo tiempo y la causa del fervor. Así como el júbilo de lo que queremos hacer inspira la diligencia, así al contrario la desgana de los primeros pasos derrama en el corazon una cierta tristeza que llega á las veces á hacernos extravagantes, y aun hasta escandalizar al prójimo, y hacernos perder una parte del fruto de la Comunión.

3.º *Júbilo que sostiene la atencion...* No fue ocioso el júbilo de Zaqueo en el recibir al Mesías. Nos podemos representar cuál fue su diligencia y solícitud en dar las órdenes, en hacer preparar todas las cosas para que el Maestro y los discípulos fuesen acogidos y servidos en el modo mas conveniente. Podemos imaginarnos, sobre todo, con qué atencion contemplaba al Salvador, con qué silencio, con qué profundo respeto escuchaba sus divinas instrucciones, y las estampaba en su corazon... ¿Podemos nosotros por ventura exceder cuando recibimos á Jesucristo dentro de nosotros mismos? Pongamos, pues, toda nuestra atencion para que pueda hallarlo todo en orden, y segun toda la decencia, para que todas las potencias de nuestra alma y los afectos de nuestro corazon se reunan para ren-

dirle homenaje, para recibir sus órdenes, para conformarnos á sus gustos y á su voluntad, y para no recibir ya jamás otra impresion que la de él solo.

PUNTO III.

Del reconocimiento que debe seguir á la Comunión.

1.º *Reconocimiento efectivo y generoso...* «Y visto esto, todos murmuraban, diciendo que habia ido á hospedarse en casa de un pecador. Pero Zaqueo se presentó, y dijo al Señor: Hé aquí, ó Señor, que yo doy la mitad de mis bienes á los pobres, y si en algo he defraudado á alguno, le restituyo cuatro veces doblado...» En las palabras de Zaqueo no aparece que tuviese particular noticia de las personas á quienes hubiese hecho daño, porque en este caso, antes de dar á los pobres, habria sido necesario empezar por restituir á aquellos á quienes hubiese sabido haber hecho el daño. Ni tampoco aparece que estuviese seguro de haber hecho daño á nadie, sin saber precisamente á quién lo habria hecho. Solamente aparece que no podia comprometerse ni estar seguro de no haberlo hecho, porque ello es muy comun en un empleo semejante al suyo, cuando se ejercita sin una particular atencion, sobre este punto cometer muchas injusticias á que no se advierte, y la negligencia no excusa de culpa. Zaqueo se propone el restituir el cuádruplo; pero no ya porque estuviese obligado á esto por la ley, condenando ella solamente á aquellos que estaban citados en justicia, y que habian consumido ó enajenado la cosa robada¹. Esto que Zaqueo queria dar de mas procedia solo de su fervor y de su reconocimiento para con su divino Huésped. Sin hablar aquí de lo que de nosotros exige la ley de la conciencia antes de habernos reconciliado, y antes de llegarnos á la sagrada mesa, y que se debe regular segun el parecer del ministro de la Penitencia, atengámonos á lo que nos pide el espíritu de fervor, cuando despues de haber recibido al Señor le damos nuestras gracias. Entonces, verdaderamente, no debemos estar á lo que regularmente pide de nosotros la ley, sino abandonarnos á los movimientos de un santo amor y de un reconocimiento que corresponda de algun modo al beneficio que hemos recibido. Entonces es necesario hacer generosos sacrificios, tomar resoluciones eficaces, y ver lo que pide de nosotros la ternura de un Dios que se nos ha dado á sí mismo.

2.º *Reconocimiento que trae sobre nosotros las consolaciones del Se-*

¹ Exod. xxii, 1, 4; Num. v, 7.

ñor... «Y Jesús le dijo (*enderezando su palabra á los circunstantes*): «Hoy esta casa ha obtenido la salud, porque tambien él es hijo de «Abrahan...» Esto es, este es el dia en que el dueño de esta casa y todos aquellos que le pertenecen han hallado el camino de la salud. En este momento la fe de Zaqueo, su obediencia, su desinterés y su caridad han hecho de él un verdadero hijo de Abrahan... ¡Oh con qué consolacion entendió Zaqueo estas divinas palabras! Hacedlas oír, ó Jesús, á mi alma, sé que Vos lo haréis si yo os hago el generoso sacrificio de todo lo que os desagrada en mi corazon; porque cuanto mas liberales seamos para con Vos, tanto mas lo seréis Vos con nosotros; cuanto mas nos privemos por vuestro amor de los falsos bienes, de los falsos placeres y de las falsas satisfacciones de este mundo, tanto mas os dignaréis Vos de llenarnos de celestiales consolaciones.

3.º *Reconocimiento capaz de calmar las murmuraciones...* Añadió el Salvador... «Porque el Hijo del hombre vino á buscar y salvar lo que se habia perdido...» Con estas palabras respondia Jesucristo á las murmuraciones del pueblo, porque cuando vieron que se hospedó en casa de un publicano, todo el mundo lo murmuró, diciendo que se hospedaba en casa de un pecador: este era el nombre que daban los judíos á los publicanos, por el odio que tenian á esta profesion. Con todo eso, estos publicanos estaban menos distantes del reino de Dios que los escribas y los fariseos orgullosos que los despreciaban. Por otra parte, el Salvador habia venido al mundo para salvar los pecadores, y por esto iba á sus casas. Su visita en la de Zaqueo tuvo este afortunado efecto. Muchos fueron testigos de la promesa que él hizo al Salvador, se la vieron despues seguramente cumplir, y todos pueden creer con qué integridad y con qué desinterés manejó en adelante los dineros públicos, y con qué pasion para con los pobres ejercitó su empleo... Acaso se ha murmurado de vosotros por veros llegar á la sagrada mesa, acaso se murmura de vosotros porque os ven llegar con frecuencia, y á vosotros toca, mediante el cumplimiento de vuestras promesas y mediante una vida fervorosa, hacer cesar tales murmuraciones, justificar la conducta de aquellos que os dirigen, y verificar esta palabra del Salvador, que él viene á buscar, salvar y santificar lo que se habia perdido, y lo que se perderia aun, si frecuentemente no lo visitase y continuamente lo guardase.

Peticion y coloquio.

Ó Jesús, ¿podré aun despues del ejemplo que me poneis delante de los ojos desesperar de vuestra misericordia? Maravillense, indignense, escandalicense los falsos justos de las gracias que Vos hacéis á los pecadores; por mí, que soy un indigno pecador, dejaré que con ellas se mueva mi corazon, y seré diligente en aprovecharme de ellas. Á Vos me llegaré frecuentemente con confianza, porque Vos sois mi Salvador, y me llegaré con el odio del pecado despues de haber reparado mis escándalos, con una resolucion sincera de destruir en mí el pecado con obras opuestas particularmente á aquellas del pecado á que estoy mas expuesto y mas sujeto... Ó Jesús, entrad en mi corazon como en la casa de Zaqueo por mi salud y por vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CCXXVI.

PARÁBOLA DE LAS DIEZ MINAS ¹, Ó SEA PARÁBOLA DE UN SEÑOR QUE VA Á RECIBIR LA INVESTIDURA DE UN REINO, Y QUE SE VOLVERÁ PARA REINAR.

(Luc. xix, 11-27).

Observemos: 1.º la partida de este señor; 2.º su ausencia; 3.º su vuelta.

PUNTO I.

La partida de este señor.

1.º ¿Quién es este señor?... «Y oyendo ellos estas cosas, continuó, y dijo una parábola, sobre estar él vecino á Jerusalem, y por «que pensaban que presto se manifestaria el reino de Dios...» Los Apóstoles, siempre llenos de sus prevenciones sobre el reino temporal del Mesías, habiendo reflexionado principalmente sobre las últimas palabras de Jesús á Zaqueo, en orden á la reunion de las ovejas descarriadas y perdidas de la casa de Israel, y viéndose ya en camino para ir á Jerusalem, se confirmaron siempre mas en la idea de que dentro de poco tiempo se iba á ver una revolucion general en la república, de donde luego inmediatamente resultaria el reino temporal del Mesías sobre todos los hijos de Abraham. Ahora, para sacarlos de este error, y para instruirnos tambien á nosotros,

¹ La mina, moneda ateniense, valia cien draemas; y la mina de los hebreos valia mas que el doble que la mina ateniense.

añadió Jesús esta parábola... «Dijo, pues: Un hombre noble fué á «un país distante para recibir allí un reino, y volver despues...» Todos saben que en el estado actual en que se hallaban los judíos, su república estaba sujeta á los Césares que disponian á su gusto del gobierno de sus provincias; que los que aspiraban á la corona debian ir á pedirla á Roma y obtenerla del emperador romano. De esta manera Arquelao, hijo del primer Herodes, habia sido hecho tetrarca, ó sea rey de Judea, y por la misma autoridad habia sido hecho rey de la Galilea el segundo Herodes, y así los otros tetrarcas de aquel tiempo. De esta práctica tomó el Salvador el sujeto de su parábola, en la cual se pinta á sí mismo. Él es este señor, este hombre de un nacimiento distinguido. Por su nacimiento eterno, es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y el mismo Dios que el Padre. Por su nacimiento temporal, es Hijo de María siempre virgen, y tanto por ella, como por José reputado su padre, hijo de Abraham y de David; ha pasado su vida sobre la tierra, la ha dejado muriendo sobre la cruz, y se ha ido á un país muy distante, subiendo al cielo... Adoremos estos divinos misterios con una fe firme é inconcusa, y admiremos la manera con que los propone el Salvador en esta parábola.

2.º *Cuál es el designio de este viaje...* Va para recibir la investidura de un reino, y para volver despues á reinar... El Salvador, durante su vida mortal, no ha ejercitado sobre la tierra algun acto de soberanía; pero volverá en el último dia á ejercitar sobre toda la tierra, sobre todos los hombres, sobre los vivos y sobre los muertos una potencia soberana, absoluta é irresistible. Hé aquí de una parte lo que ya ha sucedido, y de la otra lo que debe suceder; y esto es lo que jamás debemos perder de vista.

3.º *Cuáles son las disposiciones que da al partir...* «Y llamados á «si diez de sus criados, les dió diez minas (*una á cada uno*), y les «dijo: Negociad hasta que yo vuelva...» Subiendo Jesús al cielo nos ha dado sus instrucciones, sus ejemplos, sus Sacramentos, el precio de su muerte y de su sangre, su espíritu, su gracia, su Evangelio y su Iglesia. Todos los bienes que poseemos naturales y sobrenaturales son dones de su pura liberalidad. Pero no nos olvidemos del fin para que nos los ha dado, y de las órdenes que nos ha dejado antes de abandonar la tierra: «*Negociad hasta que yo «vuelva...*» ¡Ah! demasiadamente me he olvidado de unas órdenes tan precisas. ¡Ay de mí! Señor, por lo que toca á mí, Vos estais ya al punto de volver: pocos dias me quedan de vida, y bien presto